

## ***Presentación***

El contenido del libro que a continuación se presenta es resultado de los trabajos realizados a lo largo del segundo año de la Red Internacional Cultura Política y Democracia, y se constituye en una síntesis de los esfuerzos conjuntos de reflexión, análisis e investigación que los integrantes de dicha Red han venido desarrollando. Objetivo prioritario de estos trabajos es contribuir a la construcción de una cultura cívica de los universitarios, aportando espacios académicos de debate sobre la participación política y social de los principales sujetos y actores de la vida universitaria. Estos estudios representan una ocasión perfecta para profundizar en el conocimiento y análisis de la cultura política de los agentes políticos y sociales de las universidades americanas y europeas de referencia. Y, a su vez, son un termómetro excelente para medir tanto el «aparato teórico» que tratan de impartir los profesores como las aspiraciones y compromisos de los estudiantes.

La participación de cinco universidades (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Universidad Autónoma de Nayarit, Universidad de Caen-Normandía [Francia], Universidad de Sinaloa y Universidad Complutense de Madrid [España]) no solo permitirá, sin duda, un enriquecimiento de los puntos de vista sobre la «Cultura política» que la universidad trata de enseñar, sino que también servirá de ocasión para dar a conocer los resultados de una propuesta como esta a un amplio espectro de estudiosos sobre estos asuntos.

La especial situación política que atraviesa México y también la propia situación española y europea son alicientes más que suficientes para que el libro tenga una acogida calurosa entre los colectivos que integran la universidad. Y también entre todas aquellas personas que estén interesadas en este tema, que tiene una incidencia extraordinaria en la cultura política.

Se trata de un texto que conjuga el interés en la cultura política, la universidad y los estudiantes universitarios, con las perspectivas de análisis

*Lidia Aguilar Balderas y Graciano González R. Arnaiz (coords.)*

derivadas de distintas disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades. Busca constituirse en referencia para estudiantes, académicos e investigadores interesados en la temática, pero también para todos aquellos colectivos comprometidos en promover una cultura democrática de participación activa que pueda proponer alternativas de acción a lo que hay o se está dando en nuestra sociedad. Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación externa y avalado por el comité editorial de la institución académica coeditora.

## **Prólogo**

Dra. Lidia Aguilar Balderas  
Dr. Fabián Alejandro Gerónimo Castillo

El presente texto ofrece al lector una serie de trabajos sobre la cultura política universitaria desde perspectivas teóricas, metodológicas y estudios de caso. Para ello ha sido dividido en tres partes: la primera de ellas se denomina «Universidad y Política, el estado de la cuestión de la cultura política»; la segunda lleva el nombre de «Cultura política y participación estudiantil en la universidad»; por último, la tercera parte se titula «Una cultura política en transición».

El tema de la cultura siempre ha suscitado polémica respecto de que no se puede hablar de una sola cultura, sino más bien de una diversidad de culturas que cohabitan en espacios y tiempos específicos. Como se puede apreciar, este elemento de análisis se complejiza en la medida en que se va reflexionando sobre el tema. No obstante, es menester establecer que tanto la formación de la cultura como las transformaciones que esta va sufriendo se han realizado a base de imposiciones. Ello implica que, en ocasiones, dichos cambios llegan a ser, además de dramáticos, traumáticos, pues resulta innegable que la violencia viene a ser un aspecto indisoluble de las transformaciones culturales. Así, tratar de encasillar cómo se crea la cultura, los modos en que esta va mutando y de qué forma se van generando en tales ámbitos los diversos procesos de adaptación, todo ello nos puede indicar que hablar de cultura implica el reconocimiento de relaciones de poder en las que los poderosos tienen las herramientas y mecanismos con los que «imponer» ciertos parámetros valorativos y formas de percepción que en gran medida se canalizan a través de la comunicación, elemento necesario de transferencia cultural. Son muchos los autores que han trabajado y desarrollado estas ideas desde el ámbito de las ciencias sociales; así queda evidenciado en el trabajo de Segundo Galicia, quien bajo el título «Elementos cognoscitivos en la formación y desarrollo de la cultura política» logra hilvanar de forma por lo demás interesante las discusiones teóricas, metodológicas y epistemológicas de diversas teorías

*Lidia Aguilar Balderas y Graciano González R. Arnaiz (coords.)*

sobre el abordaje científico de la cultura, y más aún de la denominada «cultura política».

Así, como parte de su colaboración en el presente texto, en primera instancia argumenta que el tema de la cultura política no puede escindirse de la polémica entre los investigadores sociales sobre si se cuenta o no con los suficientes elementos teóricos y metodológicos de análisis. El abordaje de la cultura política puede hacerse desde diversas teorías. Una de ellas es la que analiza la interacción de los sistemas desde la complejidad. En esta primera parte se está pensando en los sistemas autopoieticos de Niklas Luhmann. Resulta difícil el análisis de la cultura política, al encontrarse revestida de tantas subjetividades como la moral, los valores y la ética: «la cultura moderna es la memoria de los sistemas sociales», sentencia Luhmann citado por Segundo Galicia.

Por otra parte, fue el afán por encontrar los medios metodológicos más adecuados para el estudio científico-social de los fenómenos suscitados por la interacción en las sociedades lo que hizo surgir la confrontación entre el positivismo y la hermenéutica, así como el racionalismo crítico y la teoría crítica. Desde la perspectiva de la cultura, cada una de estas corrientes de pensamiento arrojó una posible solución, sin llegar a resolver la contienda entre las dos posturas en liza. De esta forma, en la construcción del concepto de verdad, dice el autor, «la cultura es una perspectiva para la observación de la observación», un concepto histórico referido a «fenómenos históricos».

La «cultura», la «política» y, más aún, la combinación «cultura-política», sostiene Galicia, no gozan de una conceptualización teórica y metodológica del todo aceptada por los diversos estudiosos de las ciencias sociales. No obstante, se pueden reconocer los esfuerzos de trabajos como el clásico estudio de Almond y Verva, en el que se apuesta por estudiar la cultura política desde tres dimensiones (cognitiva, afectiva y evaluativa).

O, como dicen Maturana y Varela, «lo cultural es un fenómeno que se hace posible como un caso particular de conducta comunicativa», en donde el acoplamiento estructural permite interacciones que se extienden más allá de las personas del momento, lo cual general la denominada «continuidad social». Así, Segundo Galicia aporta una interesante reflexión teórica sobre la cultura, que entrelaza con el fenómeno del narcotráfico en México, de tal forma que expone algunos de los grandes problemas que aquejan al país, derivados del deficiente sistema educativo mexicano y de prácticas tan dañinas como la corrupción. El autor muestra que, mientras pervivan esas condiciones, la cultura –y más expresamente la cultura política– es un tema necesario de estudio, ya que es imprescindible comprender los fenómenos sociales, tanto más en un contexto, el mexicano, en el que tienen lugar enormes y muy drásticos cambios.

*Universidad y política*

El capítulo segundo contiene la aportación de Sissi Cano, bajo el título «La importancia de las universidades en la formación de la cultura política democrática». Por lo demás acorde con la intención de esta reflexión sobre la cultura política en las universidades, la autora tiene como objetivo fundamental discernir si la formación académica humanista puede contribuir de alguna forma a la construcción de la democracia. Así, busca –desde el redimensionamiento del pensamiento– que desde las universidades se cumpla con esta función y no solo con la de enseñar en el mero sentido académico. Se trata de que mediante la reflexión se vaya más allá de lo académico, ya que justamente el pensamiento, nos dice la autora, todavía es un ámbito no controlado específicamente por unos sectores en concreto, sino que aún resiste como espacio para las mayorías. Así, la incidencia del pensamiento en la formación de la cultura política se vuelve un elemento invaluable. Sissi Cano tiene como referente las reflexiones de Hannah Arendt, de la cual es asidua lectora y conocedora. Las reflexiones teórico-filosóficas de Arendt nutren el pensamiento de la autora, si bien esta alcanza un cierto punto de discernimiento crítico. Cano comienza por referenciar qué es cultura política. Norberto Bobbio es fundamental para esta tarea. Se aprecia también la adhesión de la autora a la visión en tercer nivel de la idea de cultura política que manejan Almond y Verva, en donde se identifican las características de lo que es la cultura cívica. En su revisión teórica, continúa con las aportaciones de Nietzsche y Macpherson, entre otros.

Para su análisis, parte de la identificación de tres estadios de la evolución de la historia humana: la antigüedad, la época medieval y la edad moderna junto con el capitalismo, siempre vistos desde el foco de las reflexiones arendtianas en algunas de sus obras. En el primer caso analiza el sentido de la participación política en la antigua Grecia, referida a la búsqueda de dos aspectos fundamentales: la trascendencia (*aristoi*) y la superación humana (*areté*), identificados ambos como inherentes el uno al otro; en cambio, quienes se encuentran alejados de estos ideales, como los esclavos o los extranjeros, eran considerados *idiotas*, aquellos que no tenían vínculo con la *polis*.

Los valores de la moral y el honor han sido manejados de distinta forma según la época de la que se hable. Así, mientras en la Grecia antigua la inmortalidad y la autosuperación son esenciales, en la época medieval estos valores son sustituidos por la necesidad de alcanzar la benevolencia del ser divino, pues ya estaba por dado que, para bien o para mal, la inmortalidad es propia del ser humano; por ello, los esfuerzos se centraron en fortalecer el vínculo con el dios que juzga quiénes encontrarán la salvación y quiénes la condena eterna. En nombre de esta lealtad se perdieron innumerables vidas y se sacrificaron pueblos enteros. Vemos

*Lidia Aguilar Balderas y Graciano González R. Arnaiz (coords.)*

cómo, en opinión de la autora, con cada cambio de época se transforman los criterios que norman la conducta humana, y analiza cuáles son esos criterios en la era moderna. Se considera que los males que aquejan a las sociedades, la depresión, la no identificación de la otredad, la privación de las experiencias estéticas, eróticas y epistemológicas impiden el acercamiento necesario al espacio de lo público. En un tiempo histórico en el que el éxito y la acumulación de la riqueza son los valores fundamentales de la sociedad, la autora no apuesta por erradicar la necesidad del dinero, pero sí por ponerle coto a la centralidad que tiene su adquisición para la mayoría de los seres humanos. La combinación de la superación personal con el mejoramiento económico se presenta como la forma más cruda de una medición del éxito para la que carece de interés cualquier experiencia trascendental que no sea mensurable en el momento mismo.

La secularización del pensamiento es una constante en la época moderna, que acarrea muchos aspectos negativos: la pérdida del sentido y razón existencial conduce a problemas de adicción, depresión, suicidio o, simplemente, al aburrimiento... Su reflexión prosigue con un análisis de la banalización de lo humano, uno de los más grandes peligros a los que se enfrenta la humanidad. Ante el creciente poder del capitalismo monopólico, la esperanza de cambio hay que cifrarla en buena medida en la construcción de un pensamiento que genere consumidores críticos. Justamente en este sentido las universidades cobran relevancia como grandes promotoras de cambios de pensamiento que de alguna manera contrarresten los embates de los poseedores y generadores de la riqueza. Para sustentar esta idea, y describir la forma en la que las universidades han de promover el pensamiento, recurre a Kant y a Platón y a la diferenciación del pensamiento respecto del conocimiento.

Al abordar el tema de la banalidad del mal, o la embestida de la maldad elemental, y por el impacto de la inocencia absoluta, Sissi Cano registra algunos datos históricos de la Segunda Guerra Mundial y de ciertos actores como Eichmann, «una de las principales cabezas de la burocracia nazi que murió con la idea de no haber actuado mal, sino muy al contrario, siempre se mostró satisfecho y orgulloso de sí mismo». Al hilo de la actitud de Eichmann, dialoga con Arendt preguntándose si los seres humanos tenemos o no la capacidad de pensar independientemente del contexto en el que nos desarrollamos, a sabiendas de que la renuncia a pensar puede conducir a actos tan desastrosos y vergonzantes. La incapacidad para la reflexión puede combatirse desde las universidades, abriendo los espacios para pensar.

Puesto en cita textual: «Arendt considera que de la irreflexión puede esperarse burocratismo, cosificación, diplomacia, patrimonialismo o ser-

## Universidad y política

vilismo, pero no participación política solidaria», y continúa la autora: «porque para ello haría falta participar políticamente con autonomía y dignidad, condición ético-política que no puede darse sin el ejercicio del pensamiento, y es aquí donde las universidades nos pueden/deben formar en libertad» para entender la repercusión política y social del pensamiento. De ahí la función de las universidades para promover en los estudiantes el pensamiento, no solo con fines académicos sino también humanistas.

El siguiente capítulo nos lo ofrece Renaud Lariagon, investigador de la Universidad de Caen (Francia), bajo el título «Repensar el papel del estudiante desde la experiencia territorial, la dimensión espacial de las subjetividades políticas en la universidad contemporánea». En palabras del autor, este trabajo tiene por finalidad «asentar una propuesta de experiencia territorial estudiantil como herramienta para explicar y leer territorialmente la conformación de subjetividades políticas en la universidad contemporánea», bajo la tríada conceptual *subalternidad*, *antagonismo* y *autonomía*, desarrollada por Modonesi. Todo ello siempre desde la discusión conceptual de esencia y presencia.

En la primera parte se analiza la cuestión de la construcción de la subjetividad. Autores como Durkheim, Bourdieu y Schütz son tratados en esta reflexión. Es en la subjetividad, justamente, donde se dan las condiciones materiales que hacen posible la comunicación y el consecuente intercambio de informaciones. Puede decirse que, para Renaud Lariagon, parte de la complejidad deriva de la convivencia de múltiples subjetividades con el mundo objetivo.

A continuación, Lariagon hace un breve recorrido por la historia de la universidad, cada vez más alejada de su funcionalidad clásica como espacio privilegiado de conocimiento. En la actualidad cumple la función de generar una ideología socialmente aceptada. Los espacios que ella genera sirven a la transmisión y reproducción de la ideología del poder dominante y a sus tendencias hegemónicas.

Recurriendo a Dubet, Renaud Lariagon identifica los espacios de acción de los estudiantes en las universidades. No son estas un ámbito homogéneo de generación de conocimiento, sino que más bien dan lugar a una pluralidad atomizada de expresiones. El proyecto de cada cual, la socialización y la vocación convergen para que cada estudiante desarrolle su propia experiencia estudiantil. A partir de este planteamiento, Lariagon identifica ocho grupos generales. Cabe destacar los siguientes modelos: el «estudiante encarnado», con nula crítica sobre sus estudios y ya previamente determinado en lo relativo a los programas universitarios y su papel en la sociedad; el «estudiante avanzado», aquel que es crítico, con un proyecto afirmado; el «estudiante de seguridad»; el «estudiante bohemio»; el «estudiante social»; y, al fin, el «estudiante perdido».

Lidia Aguilar Balderas y Graciano González R. Arnaiz (coords.)

Lariagon se apoya en Thompson (la experiencia como parte de la subjetivación) y Lefort (proceso de subjetivación política de Mondonesi) para analizar los fenómenos sociopolíticos de subalternidad y antagonismo, los cuales devienen en la subjetivación antagonista. Dice Lariagon: «el grupo subordinado debe afirmar un *poder contra* que se realiza por la territorialización del conflicto y una reconfiguración temporal de las relaciones de poder». Ahora bien, la acción social y la sociedad misma se construyen en un espacio y territorialidad determinados, que a su vez es un producto inequívocamente social. Sin embargo, las fronteras de los territorios se hacen cada vez más porosas, y permiten que los individuos desarrollen en un espacio determinado diversos tipos de territorios, en los que la construcción de la escala social permite institucionalizar, jerarquizar y establecer valores y símbolos para regular las relaciones socio-espaciales.

Lariagon concluye su reflexión teórica con un estudio de caso, el de los educandos de la Costa Grande de Guerrero, con el propósito de identificar su dimensión espacial de subalternidad. A modo de introducción, se presenta en términos generales dónde se encuentra ubicada esta universidad y las razones por las que los estudiantes deciden ingresar en ella. Encuentra Lariagon que el bajo costo de la institución, por ser pública, así como la calidad de la educación que allí se proporciona, y especialmente la modernidad de sus instalaciones, así como el uso de tecnologías, hacen que esta universidad se halle entre las más deseadas de la región para estudiar. Lariagon señala también que el nivel socioeconómico de los estudiantes es bajo, en base a los resultados de su investigación respecto de las ocupaciones de los padres.

Además, siguiendo la teoría de Dubet, se concluye que los estudiantes pertenecen al grupo de seguridad, que ve la educación como una cuestión de aseguramiento de su desarrollo profesional, y concluye que la dominación es innegable en dicho espacio. Así lo demuestra la ausencia de espacios dedicados a la cultura o práctica de deportes. La universidad reprime todos los intentos de los estudiantes de auto-organización, manifestar inconformidades, etc. De ahí la visión de que la dominación es total, amparada por añadidura en la aceptación del estudiantado de tales imposiciones, pues, pese a los débiles y aislados intentos de protesta, no cuestionan en general el papel de la universidad, ya que es entendida como la única posibilidad de acceso al «éxito social», cumpliéndose así lo que se espera de la educación de tipo tecnológico: la formación de empleados futuros para las empresas de la región. Se afirma con ello la territorialidad en la escala de cuatro ámbitos de desarrollo de los estudiantes, a saber: pueblo-familia, campus, Tepatlán y el lugar de estancia de la empresa. Con ello, la evidente pérdida de autonomía estu-

*Universidad y política*

diantil en mucho es originada por el desmantelamiento socioeconómico de las comunidades a las que pertenecen y el consecuente fortalecimiento de los centros urbanos de desarrollo. En conclusión, para Lariagon los estudiantes de la Costa Grande de Guerrero, ante la subalternidad y ciertas manifestaciones de antagonismo, no terminan por conquistar la autonomía en la que la afirmación del territorio llevaría a establecer la universidad como territorio autónomo, como una institución que permitiría el «poder hacer». En mi opinión, este estudio bien puede replicarse en múltiples instituciones educativas mexicanas, evidenciando con ello la clara maniobra de dominación hegemónica de los espacios y territorios, como una forma de ejercicio del poder omnipresente del Estado en sus diversos niveles de gobierno.

La segunda parte de este libro se compone de tres capítulos que analizan los resultados que arrojó la aplicación de una encuesta sobre cultura política y valores entre los estudiantes de las universidades que son parte de esta red de investigación de «Cultura y Democracia», y que fue aplicado entre los meses de octubre y noviembre de 2014 entre los estudiantes universitarios de la Universidad Autónoma de Nayarit y la Universidad Complutense de Madrid (España). Es así que el capítulo cuarto, intitulado «Jóvenes y política. Entre el deber y la necesidad, participando en el plano institucional y la acción antisistémica», elaborado por Salvador Zepeda López y Enedina Heredia Quevedo, inicia su trabajo con la clasificación de la población juvenil en Nayarit, a partir del censo del Inegi 2010, y presentan una serie de tablas que muestran la cantidad de jóvenes en el rango de edad de entre 12 y 29 años, y cómo estos se distribuyen en razón de escolaridad, y en el caso de los que estudian en la Universidad de Nayarit, cuántos de ellos trabajan, según la encuesta realizada por los propios autores. Articulan su reflexión en torno a la idea de participación, distinguiendo dos tipos: directa e indirecta.

Una vez que establecen los criterios teóricos sobre los tipos de participación y las formas en que se manifiesta, la relacionan con la construcción de ciudadanía, la cual se presenta en los planos formal (institucional) y real (de acuerdo a la dinámica propia de socialización). Los distintos grupos de jóvenes son analizados, además, en clave multidimensional.

Ya hablando específicamente de la participación política de los jóvenes en Nayarit (objeto de estudio de este trabajo), se esclarecen ciertos aspectos en función de los distintos rangos de edad. La participación formal o institucional se pone en relación con la adscripción a algún partido político, con la ubicación política (izquierda, centro o derecha), con la pluralidad y tolerancia en temas como la pena de muerte, el aborto o que la mujer trabaje. Se analizan también los niveles de confianza en instituciones como la familia, las empresas y los medios de comunicación.

*Lidia Aguilar Balderas y Graciano González R. Arnaiz (coords.)*

Tras establecer una serie de cuestionamientos, los autores tratan de explicar –con base en los resultados arrojados por el mencionado censo de Inegi 2010, según el cual la participación política de los jóvenes a través de los cauces institucionales es escasa– por qué existe una marcada desconfianza en los procesos electorales. Es notorio el escaso interés que suscitan las cuestiones políticas, si bien la participación política es sensiblemente mayor en la universidad y las comunidades religiosas.

Los resultados destacados por Zepeda y Heredia están en sintonía con los que se obtienen en la Universidad Complutense de Madrid, tratados en el siguiente trabajo, denominado «Participación Política, percepción de los estudiantes de la Universidad Complutense de Madrid (UCM)», realizado por Fabiola Coutiño, Gustavo López Ángel y Lidia Aguilar. Se parte de la idea de que existe un ambiente de crisis económica, laboral y social que propicia una amplia y creciente movilización de diversos sectores; entre ellos, el de los jóvenes, muy afectado por la reforma educativa derivada del Plan Bolonia, pero también por la falta de oportunidades de empleo. Así, para analizar este contexto se emplea el instrumento surgido de los trabajos de la red de investigación «Cultura y Democracia», esto es, una encuesta que mide los valores políticos de los estudiantes de la Universidad Complutense de Madrid, una de las más importantes de la nación, de gran trascendencia social y con el mayor número de alumnos matriculados.

Esta contribución se compone de cinco partes, en las cuales se contextualiza la universidad –en la que los estudiantes de desenvuelven hacia lo social– y se desarrolla una argumentación teórico-metodológica en base a la cual se analizan los resultados que arroja la aplicación del mencionado instrumento. Los resultados de la encuesta permiten concluir que los estudiantes de la UCM tienen preferencia por la participación política no convencional; los partidos políticos suscitan poca adherencia y confianza en este sector social. Sin duda, los resultados evidencian que hay un incremento de la inconformidad estudiantil, derivada en gran medida de la implantación del Plan Bolonia. Las implicaciones de este descontento son sin duda importantes: sobresale el surgimiento y rápido crecimiento de Podemos, en buena medida alimentado por la comunidad universitaria de la Complutense.

Posteriormente, en el trabajo de José Luis Pacheco y Olimpia Jiménez se presenta una interesante reflexión sobre la cultura política de los jóvenes universitarios de Nayarit. Los autores retoman la idea de la participación política como un modo de interacción entre los miembros de la comunidad política, al tiempo que establecen los mecanismos a través de los cuales se presentan las interrelaciones entre los miembros de la sociedad. Cabe identificar algunos esquemas sobre los que se asientan los procesos de socialización política.

*Universidad y política*

El análisis de algunos de los cambios que ha experimentado el sistema político mexicano en relación al proceso de transición política permite a Pacheco y Jiménez identificar algunos de los aspectos que se vuelven necesarios para entretejer los modos de participación política. Se evidencia un notable descenso de la participación, según datos que abarcan el periodo comprendido entre 1991 y 2012, siendo los jóvenes quienes menos niveles de participación política registran. Así, apoyándose en los datos que arrojaron la Encuesta de Cultura Política (ENCUP 2012) y la Encuesta Nacional de Valores de Juventud (ENVJ 2012), se muestra cómo un aterrador 70 %, y un 90 %, respectivamente, de jóvenes no tienen interés o manifiestan poca atención a la política.

A partir de estos datos se presentan diversas gradaciones sobre el porcentaje de jóvenes que participan en las discusiones políticas, en qué medida se adscriben a un órgano político. Se sugiere también que la minoría que se interesa por la política lo hace porque esta conlleva o puede conllevar algunos beneficios directos al participante. Se deja de lado, por tanto, la idea de que la participación política debería ser voluntaria, una actividad pública desinteresada, francamente convencida de la colaboración proactiva con la comunidad. El corolario nacional de las dos encuestas prepara el camino para reflexionar sobre lo que acontece en el estado de Nayarit. Lo que acontece a nivel nacional se replica sin ningún cambio significativo en esta entidad. Aspectos como el poco a casi nulo interés por la política, la reducida participación e interés por los procesos políticos electorales o la falta de integración en actividades políticas institucionales e incluso no institucionales son constantes también en Nayarit, y ello a pesar de que la democracia en sí misma sea valorada como positiva y las elecciones sean identificadas como el canal necesario para el ejercicio de la participación democrática. Se evidencia que existe, en el caso específico de los jóvenes nayaritas, y en virtud de estas encuestas –a pesar de las percepciones negativas ya mencionadas previamente– una alta participación e identificación de los jóvenes en institutos políticos partidistas. No obstante, este dato queda matizado de forma importante cuando se trata de los jóvenes universitarios, que por lo general viven de espaldas a los procesos formales de participación política. Los autores aventuran que esta actitud puede deberse a que tienen acceso a más información, lo que hace que sean más críticos y valoren negativamente los procesos políticos.

En base a los datos que arrojan las encuestas, José Luis Pacheco y Olimpia Jiménez elaboran tres perfiles de participación política. En la identificación de los perfiles se concluye que el primero de ellos, en el que se ubica la mayoría de la población estudiantil, corresponde al estudiante desafecto, apático y desinteresado de la política. Se trata de un tipo

*Lidia Aguilar Balderas y Graciano González R. Arnaiz (coords.)*

de estudiante bien integrado en las cuestiones académicas, pero alejado de los temas de participación política; en el segundo caso se encuentra, en sentido diametralmente opuesto, el estudiante participativo y activo, que trata de influir en los asuntos públicos en el ámbito formal-institucional (es el caso de las federaciones de estudiantes y los partidos políticos, principalmente el PRI); el tercer tipo, el más reducido de los tres en mención, se identifica con estudiantes participativos y activos en la política, pero que buscan participar en las cuestiones públicas desde los canales no formales, no convencionales y, desde luego, no institucionales; se trata de personas que, aunque están bien informadas de las problemáticas sociales, propugnan por participar desde posicionamientos críticos. Manifestaciones y reuniones constituyen los medios idóneos, no formales, para involucrarse regularmente en la actividad política.

Finalmente, este trabajo reflexiona sobre el instrumento que se ha aplicado, la encuesta sobre cultura política y valores a los estudiantes de la Universidad Autónoma de Nayarit. Este análisis llega a los mismos resultados que el trabajo de Salvador Zepeda y Enedina Heredia: la apatía, el desinterés y el desafecto por las cuestiones políticas son la constante. Aunque para los jóvenes el disenso es aceptable, la mayoría de los estudiantes considera que son válidos los posicionamientos críticos hacia el gobierno, los actores políticos y las instituciones, en forma de manifestaciones, marchas y otros medios no convencionales de participación. Y aunque presentan también un fuerte apego a la norma, al cumplimiento de sus obligaciones tanto en el ámbito universitario como en un contexto social más amplio, también se caracterizan por hacer pública su disconformidad, aunque a veces reconozcan como aceptables y necesarias las medidas autoritarias del gobierno para preservar el orden. Sin duda, los estudiosos del fenómeno estudiantil de Nayarit analizarán este aspecto aparentemente contradictorio en ulteriores trabajos.

Partiendo de la idea de que en el proceso de socialización política se reconocen seis agencias fundamentales (familia, escuela, trabajo, amigos, partidos políticos y los medios de comunicación), y debido a que en la mayoría de los estudios sobre socialización política tales instancias son consideradas como básicas en el proceso de aprendizaje de lo político, los resultados del método que se ha empleado, aplicado a los estudiantes de la UAN, muestran que dichas agencias, tanto primarias como secundarias, son eficaces para lograr una aceptable socialización política. No se pierde de vista en este análisis el papel de los medios de comunicación, como la televisión e internet, que se identifican como adecuados agentes de socialización.

La tercera parte de este libro se denomina «Hacia una cultura política en Transición», en el cual se integra el trabajo «El fenómeno Podemos,

*Universidad y política*

o cuando la universidad se mete en política», elaborado por Graciano González R. Arnaiz. En esta reflexión el autor sostiene que el origen de Podemos se encuentra en el movimiento quince de mayo de 2011 (15M), una serie de movilizaciones sociales relativamente espontáneas, pero alimentadas por la información que se generaba en las redes sociales y en las más de 200 asociaciones que surgieron a su alrededor, que pugaban por cambiar el modelo democrático económico vigente, en gran parte debido al recrudecimiento de la crisis y la consiguiente disconformidad con la actuación de los diferentes actores políticos. Cabe subrayar que un movimiento surgido del desencanto económico enseguida aborda cuestiones netamente políticas como la reforma electoral, la lucha contra la corrupción, la separación de poderes o los mecanismos de control ciudadano. Graciano González recalca que el 15M a la vez influyó en otros movimientos sociales como el de los *occupy*, en Estados Unidos, o el Yo soy 132 de México.

El autor analiza las fases por las que pasa Podemos: gestación, explosión, estabilización, latencia, globalización interna y externa y, finalmente, evolución-mutación.

En la génesis de lo que a la postre se convertiría en Podemos puede observarse una clara efervescencia política de todos aquellos a los que enganchó la temática de la democratización de las instituciones y entes del poder público. A principios de 2014 participan en el movimiento numerosos intelectuales adscritos a la Universidad Complutense, así como periodistas y personas dedicadas al activismo social. Graciano González pone el foco en la movilización de varios profesores en dicha Universidad. Para el autor, representa una situación atípica que los profesores se inmiscuyeran abiertamente en política, pues si bien hubo quienes previamente lo habían hecho, con anterioridad siempre lo hicieron a título particular, y no abiertamente desde el propio claustro universitario. El objetivo era claro: construir una candidatura propia que sirviera de plataforma para las elecciones europeas de comienzos de 2014, en la que desde la izquierda se intentara encontrar una salida a la crisis económica que atravesaba el país.

Una vez que Podemos logró registrarse como partido, para lo que necesitaba el apoyo de al menos 50.000 personas, se postuló como un proyecto político que debía ser el resultado de un proceso abierto a la participación ciudadana. En colaboración con otros partidos y movimientos políticos, logró obtener cinco escaños en el Parlamento Europeo, un resultado sorprendente que lo situaba, en su primera contienda electoral, y con muy poco tiempo de vida, como cuarto partido político del país. Más allá del diagnóstico inicial –la identificación de la problemática de la pobreza creciente y la corrupción–, más allá también de la desazón general que provoca en la sociedad la incapacidad política para resolver esos

Lidia Aguilar Balderas y Graciano González R. Arnaiz (coords.)

problemas, desde Podemos se argumenta que se puede hacer frente a ellos, y de ahí el término *Podemos*. Surge una nueva opción de participación política que, según sus mentores, fortalecerá la democracia, pondrá la política al servicio de la gente y apostará por el fortalecimiento de los derechos humanos. Los puntos neurálgicos de su discurso son más democracia, más derechos y más economía al servicio de la gente.

Sin lugar a duda, el análisis de Graciano González da cuenta, de forma muy descriptiva y detallada, de las etapas por las que Podemos pasó de ser un mero movimiento –que logró articularse junto a muchos otros, unidos por la misma dinámica de crítica e inconformidad por los yerros de los actores políticos en el combate a problemáticas como la pobreza y la corrupción– a constituirse en un partido político que irrumpió, de manera fulgurante, en la política formal al lograr cinco puestos en el Parlamento Europeo, un número nada despreciable si tenemos en cuenta que el movimiento se nutrió fundamentalmente de las redes sociales.

Una vez descrito el camino recorrido por Podemos, se pone de relieve la participación política universitaria, todo ello en el marco del análisis de la red internacional «Cultura y Democracia», de la cual la UCM es parte. En relación al impacto de Podemos en el sistema de partidos, Graciano González subraya, en registro periodístico, que el partido dirigido por Pablo Iglesias ha entrado fuerte en la brega político-electoral, sobre todo si se toma en consideración que se trata de un partido de muy reciente creación, aunque con una ideología perfectamente identificada desde el claustro universitario, en la que parece subyacer el modelo marxista de crítica de la sociedad. En suma, se puede plantear que el fenómeno Podemos expresa una serie de inconformidades sociales que de forma transversal han hecho *clic* con un amplio espectro de organizaciones, cuyos miembros son muy críticos con el gobierno y su forma de actuar. El texto de Graciano González da cuenta de la trayectoria que surge con el 15M y de la articulación de Podemos con una serie de asociaciones y organizaciones, así como de su sorprendente y vertiginosa capacidad para disputar importantes espacios de representación a los partidos tradicionales. El asunto se antoja de largo aliento, y sin lugar a duda se ha consolidado una nueva forma de hacer política, caracterizada por la utilización masiva de las redes sociales para articular políticamente a la población. Por su parte, el nodo universitario del movimiento parece darle certeza, confianza y legitimidad de cara a amplios sectores ciudadanos. Podría decirse que la universidad se ha metido en política de forma proactiva y propositiva, cumpliendo así con el compromiso social de la educación superior.

El octavo capítulo, bajo el título de «El discurso de la crisis del sistema educativo mexicano: los jóvenes y la destrucción de la imagen tradicional

*Universidad y política*

de su mundo», llega de la mano de Salvador Mancillas Rentería y Ene-dina Heredia Quevedo. La desazón que genera el sistema educativo en los últimos tiempos es la reflexión con la que los autores inician su trabajo. Apoyándose en el libro *La catástrofe silenciosa* de Gilberto Guevara, Aguilar Camín, Pablo Latapi y Rolando Cordera, dan cuenta de cómo se vislumbra la educación mexicana ya desde el período de Salinas de Gortari. En esta primera parte, Salvador Mancillas y Ene-dina Heredia ponen de relieve cómo la crisis del sistema educativo se ha agudizado en los últimos años. Buena muestra de ello son las protestas de los alumnos del Tecnológico, que movilizaron a miles de estudiantes. Se refieren también al caso paradigmático de los estudiantes de Ayotzinapa, de amplia proyección internacional. Con él se pone en evidencia al gobierno, incapaz de resolver la problemática educativa, artífice de pésimas políticas públicas que tiene resultados tan desastrosos como la desaparición forzada de estos estudiantes. Así, argumentan que el país está sumido en una crisis, que hunde sus raíces en lo educativo, pero que tiene gran resonancia social. La escala de disconformidad social parece crecer indefinidamente.

La hipótesis de partida es la resistencia del sistema educativo mexicano, incrustado bajo el esquema del denominado nacionalismo revolucionario. Con Miguel de la Madrid se instaura el neoliberalismo en el sistema educativo, pues desde entonces los políticos mexicanos que desde la cúpula toman las decisiones lo hacen siguiendo como modelo los países extranjeros donde ellos mismos estudiaron. Esta disociación pone en entredicho el esquema del nacionalismo revolucionario, al asumirse el modelo neoliberal importado desde fuera.

Para Mancillas y Heredia, el entramado político institucional en el que se entretejió el sistema político, con fuerte raigambre ideológica del nacionalismo revolucionario, tuvo un sólido asidero en la educación, impulsada en un principio por el presidente Plutarco Elías Calles, conforme a un modelo para el que el adoctrinamiento de las conciencias de los niños y los jóvenes eran fundamentales para engordar las filas de los reproductores del sistema. Así, la cuestión decisiva es la selección de quiénes son formados en las aulas para reproducir los esquemas educativos desde las escuelas normales. Se perfila entonces un prototipo de maestro que adopte íntegramente la lógica deseada por el gobierno. No obstante, y por paradójico que parezca, es justamente en esas instituciones, y sobre todo en las rurales, donde pareciera que el brazo ataca al cuerpo, pues quienes se forman en esta ideología nacionalista y revolucionaria se quedan en ese esquema, pero el discurso del Estado y las instituciones gubernamentales ha virado hacia el neoliberalismo. El nacionalismo revolucionario ya no es operativo ni viable, y por ello cuestiona las políticas y formas de sujeción a las que históricamente han sido sometidos los normalistas. De ahí surge

*Lidia Aguilar Balderas y Graciano González R. Arnaiz (coords.)*

Ayotzinapa. En opinión de los autores, los 43 desaparecidos expresan de forma clara la crisis del sistema, que explota en uno de sus frentes mas sensibles, el de la educación.

En referencia a la encuesta del CESOP, se evidencia la escasa legitimidad que tiene la reforma educativa que impulsó el presidente mexicano Enrique Peña Nieto, a propósito de su famoso «pacto por México». Si bien Mancillas y Heredia ponen de relieve algunos de los puntos flacos de la forma en que se realizó dicha encuesta, es innegable que refleja en mucho el sentir social sobre la aceptación y/o rechazo de la reforma.

Independientemente de la encuesta previa, se presentan en esta investigación los resultados de la encuesta IMJUVE. Los analistas hacen hincapié en su importancia para el caso concreto de Nayarit, y de por qué la toman en consideración para medir la percepción de los estudiantes respecto de las estructuras y leyes con las que se implementa la educación. A su vez, y como en cierto contraste, se observa cómo se valora de forma más crítica a las personas que hacen operativos los programas y leyes, es decir, en la encuesta los estudiantes valoran positivamente los programas de enseñanza y las instituciones, pero consideran en dos grados menos el desempeño de quienes aplican esos programas; así vemos desvalorizado el papel de los profesores frente a lo establecido institucionalmente. Resulta revelador este dato y, más aún, la forma en que Mancillas y Heredia reflexionan sobre esta idea. Parece ser una aparente contradicción, pero en realidad dice mucho de la cultura del mexicano, que puede idealizar instituciones al tiempo que denuesta a quienes están al frente de las mismas, a los sujetos reales. En opinión propia, esta reflexión es sin duda un fiel reflejo de lo que acontece en uno de los espacios más sensibles de la educación pública del país, el universitario, en el que ya se está prácticamente a las puertas de insertarse del mercado laboral, y la incertidumbre, el miedo y la ansiedad por colocarse en un buen trabajo después de haber hecho el recorrido institucional educativo son una constante. No obstante, el largo peregrinar, el esfuerzo institucional, social y personal por llegar a ese punto culminante de la graduación muestra una cara terrible. En México, las oportunidades de trabajo son pocas para los egresados universitarios; los sistemas educativo y laboral están fallando, y la crisis política, social, económica y de seguridad pública hace estragos, demostrando la ineficiencia de las políticas públicas. La clase política es cada vez más cuestionada y el sistema está en vías forzosas de cambio, no hay otra posibilidad. Habrá que ceñirse a la idea de que la crisis es «oportunidad de cambio», y modificar esta visión de negativa a positiva. Tal vez se vea esa línea de cambio como algo necesario, importante, trascendente y confortante, que despierte a México de su largo letargo institucional y social y lo dirija con un rumbo mejor, un rumbo que pueda asegurar, desde la educación, un futuro mejor para las

*Universidad y política*

nuevas generaciones de niños y jóvenes que sostendrán en el futuro al Estado mexicano.

El siguiente capítulo del libro lo han elaborado Francisco Sánchez y Julián Hernández, bajo el título «La tolerancia entre los estudiantes de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y la Universidad Complutense de Madrid, España».

Como los demás, este trabajo se sustenta en la aplicación de una encuesta que busca medir los valores políticos de los estudiantes universitarios, con la finalidad de obtener información que permita identificar cómo son interiorizados y practicados por los estudiantes. En esa medición se analiza la categoría de «tolerancia» en ambas instituciones universitarias. El trabajo plantea desde una perspectiva teórica la visión de la tolerancia que tienen Kant y Voltaire. Este último identifica dos tipos de tolerancia, la activa y la pasiva, pero solo la primera permite una adecuada inserción en las prácticas democráticas, siempre y cuando sea acompañada por otros valores igualmente fundamentales, la libertad y la dignidad.

En un segundo apartado se contextualiza la situación político-electoral (2012 para México y 2013 para España) y socioeconómica de México y España. En el caso de México, el análisis se centra en el análisis electoral y en la gran difusión mediática que llevó al actual presidente Enrique Peña Nieto a la presidencia de la República. Las televisiones lo apoyaron descaradamente, con el consiguiente rechazo de los jóvenes ante semejante imposición mediática. En un ambiente político y social bastante tenso se propició la aparición del movimiento «Yo soy 132».

Ahora bien, la comparación del nivel educativo con los índices de democracia permite plantear que según sea nivel educativo se es más o menos tolerante frente a los demás en temáticas como el aborto, la homosexualidad, la pena de muerte o el papel de la mujer. En las dos encuestas realizadas en sendas instituciones universitarias se obtuvieron resultados similares en relación a las variables establecidas de la tolerancia. Con ello se muestra que la relación entre el nivel educativo de los padres y la situación de la madre en el entorno familiar es un factor importante para establecer el porcentaje de estudiantes que están de acuerdo en que las mujeres trabajen, además de su posición sobre el aborto; ello, además, independientemente de la religión que se profese, aunque debe señalarse que en ambos casos la religión católica tiene un peso importante, si bien no es determinante en lo relativo a la opinión sobre el derecho a la mujer a abortar.

Otro tópico, tratado también con este instrumento de evaluación, es la tolerancia hacia las autoridades gubernamentales. Según el análisis, la desobediencia civil a veces parece necesaria. Con ello se muestra que las instituciones pueden ser cuestionadas cuando se considera que no actúan

*Lidia Aguilar Balderas y Graciano González R. Arnaiz (coords.)*

de acuerdo a ciertos parámetros democráticos. En suma, a partir de las gráficas presentadas en este trabajo y de las observaciones que hacen los autores, puede concluirse que la tolerancia es una cuestión que está presente en los estudiantes de ambas universidades. Se concluye también que los universitarios de la UCM son más tolerantes que los estudiantes de la BUAP, sin dejar de reconocer que existe una especie de «estoicismo» moral que lleva a estos últimos a reconocer la otredad y a identificar y aceptar que se puede ser incluso más tolerante a pesar de la situación valorativa de un país de fuerte raigambre dogmática.

El libro se cierra con el estudio de Ismael Alvarado Vázquez, titulado «Los jóvenes vulnerables a la discriminación y exclusión por no aprobar el examen de ingreso a la educación del nivel medio y superior en Sinaloa». Forma parte de una investigación de mayor alcance que el autor desarrolla en la actualidad. Su relevancia radica en que pone el foco en cómo los jóvenes piensan su situación en su etapa de acceso a la educación –tanto de nivel medio-superior como superior–, en la que por diversos factores, que van desde la deserción hasta la imposibilidad material de estudiar en una universidad, muchos de ellos terminan excluidos, incultrados en la marginalidad, en un ámbito social en el que la violencia y la narco cultura son el referente máximo de éxito social, sobre todo en los estados del norte y más en concreto en Sinaloa. A ello coadyuva un sistema que castiga a los jóvenes que, supuestamente, representan el futuro de México. Se analiza el hecho de que, en el contexto actual, no cabe la posibilidad de que se generen las condiciones y herramientas necesarias para el desarrollo futuro de los jóvenes. De esta forma, con un fuerte asidero teórico metodológico, se presenta una ruta crítica, teórica y metodológica, con una importante batería de cuestionamientos.

Partiendo de las teorías de Bourdieu, Autes y Castel, se subraya que las competencias exigidas para ingresar en el ámbito escolar están condicionadas inherentemente por la exclusión de todos aquellos que no cumplen con ellas, y que son, justamente, quienes se encuentran al margen de los beneficios ofrecidos por el Estado. En este caso se hace hincapié en el acceso a la educación y en las oportunidades de trabajo.

Así, al establecerse diferentes códigos según se pertenezca al grupo de los rechazados y excluidos o al grupo de los afortunados que acceden a la educación superior, se pre-determina el ingreso de unos y otros a los espacios marginales de la narco violencia o al mercado laboral. Cabría decir, incluso, que en uno y otro ámbito se puja por lograr un cierto éxito social.

Basándose en el interaccionismo simbólico de Gofman, se realizó una entrevista en profundidad a los jóvenes para identificar bajo qué esquemas se sienten excluidos y qué formas de discriminación sufren, así como

*Universidad y política*

la dinámica social en virtud de la cual los jóvenes se incorporan a uno u otro grupo sectario. En cada caso se construyen códigos distintos, en razón del contexto social en el que emergen, según lo plantea el autor en las conclusiones de esta interesante colaboración.

Las diferentes aportaciones que conforman este libro ofrecen a los interesados en las dinámicas de participación política de los universitarios una visión que trata de entender su comportamiento en función de una serie de problemáticas políticas, sociales y económicas, tanto nacionales como internacionales. Con esta obra se pretende proporcionar al lector una serie de reflexiones que contribuyan, desde distintos enfoques y planteamientos, a identificar los factores que inciden negativamente en la participación política de los universitarios, y que, a su vez, provean estrategias que contribuyan a incrementar su participación en el ámbito político. Porque, en la medida en que los jóvenes se involucren, aportarán y enriquecerán este espacio, necesario para el buen desarrollo de las sociedades, al tiempo que contrarrestarán prácticas que son lesivas para las sociedades en general, desde la base, en todo caso, de que consideramos que es papel fundamental de las universidades apostar por actividades y prácticas que contribuyan a un desarrollo regional e internacional que sirva al mejoramiento de la vida de las personas en todos los ámbitos.



***Parte primera***

***Universidad y política.***

***El estado de la cuestión de la cultura política***

